

—Julián, la dijo él; ¿no lo sabíais?

Juana no respondió; pensaba.

—¡Cuántas veces voy á repetir este nombre! Terminada que fué la comida, abandonaron el patio á los marineros, pasando al otro lado del castillo. La baronesa fué á dar su paseo habitual apoyada en el barón, seguida de los dos sacerdotes. Juana y Julián llegaron hasta el bosquecillo y entraron por las pequeñas veredas cubiertas de ramaje. De pronto él la cogió las manos.

—Decidme: ¿queréis ser mi mujer?

La joven bajó la cabeza; y como él balbuceaba:

—Responded, os lo suplico.

Alzó los ojos hacia él, dulcemente, y el vizconde leyó en sus ojos la respuesta.

IV

Una mañana entró el barón en la alcoba de Juana cuando aún estaba ésta acostada, y sentándose á los pies, dijo:

—El vizconde de Lamare nos ha pedido tu mano.

Ganas la dieron de ocultar el rostro entre las sábanas.

Su padre continuó:

—Hemos aplazado nuestra contestación para muy pronto.

Juana jadeaba, ahogada de emoción. Al cabo de un minuto, el barón, que sonreía, añadió:

—No hemos querido hacer nada sin contar antes contigo. Tu madre y yo, sin que esto sea comprometerte, no nos oponemos á ese matrimonio. Tú eres mucho más rica que él; pero tratándose de la felicidad de toda la vida, no

debe uno preocuparse de la cuestión del dinero. Como es solo en el mundo, si te casases con él haríamos cuenta de que entraba un hijo en nuestra familia, mientras que con otro, tú eres, hija mía, quien se iría á casa de unos extraños. El joven nos gusta. ¿Te gustaría también... á tí?

Avergonzada hasta lo blanco de los ojos, balbuceó:

—Sí, papá.

Y papaíto, mirándola fijamente y con persistencia, murmuró:

—¡Ya me lo imaginaba yo!

Todo el día estuvo como borracha, sin saber lo que hacía, tomando maquinalmente unos objetos por otros, las piernas rotas de fatiga sin haber andado nada.

A eso de las seis hallábase sentada con mamaíta bajo el plátano, cuando se presentó el vizconde.

El corazón de Juana empezó á latir precipitadamente. El joven se adelantaba, al parecer sin conmoverse. Cuando estuvo cerca, cogió los dedos de la baronesa y los besó; luego, levantando á su vez la trémula mano de la joven, de-

positó en ella fuertemente un largo beso de ternura y reconocimiento.

Y la radiante estación de los esponsales dió principio. Hablaban solos en los rincones del salón, ó sentados en las esarpas en el fondo del bosque, delante de la landa salvaje. A veces se paseaban por la avenida de la mamaíta, él hablando del porvenir, ella, con los ojos bajos, fijos en la huella empolvada del pie de la baronesa.

Una vez decidido el casamiento quisieron apresurar el desenlace; convínose que la ceremonia se celebraría al mes y medio, el día 15 de Agosto, y que los recién casados saldrían inmediatamente para su viaje de novios. Consultada sobre el país que quería visitar Juana, se decidió por Córcega, donde podrían estar más solos que en las ciudades de Italia.

Espèran el momento fijado para su unión sin impaciencia, envueltos en una ternura deliciosa, saboreando el exquisito encanto de las caricias insignificantes, de los dedos cogidos furtivamente, de las miradas de pasión tan largas, que las almas parecían morderse y confundirse, y atormentados vagamente por el indeciso deseo de los abrazos apretados.

Resolvieron no invitar á nadie al matrimonio, excepción hecha de la tía Lison, hermana de la baronesa, que vivía, como señora pensionista, en un convento de Versalles.

Después de la muerte de su padre, la baronesa había querido que su hermana viviera á su lado; pero la solterona, atormentada por la idea de que molestaba á todo el mundo, que era inútil é inoportuna, se retiró á una de esas casas religiosas que alquilan habitaciones á las personas que están tristes y solas en la vida. De cuando en cuando, la pobre mujer venía á pasar un mes ó dos con su familia.

Era una mujercita que hablaba poco, ocultándose siempre, saliendo sólo á las horas de comer, y volviéndose en seguida á su cuarto, donde estaba encerrada continuamente. Tenía buen aire, estaba algo aviejada, aunque no contaba más que cuarenta y dos años, mirada dulce y triste; nunca había significado nada en su familia. De pequeña, como no era bonita ni traviesa, apenas la besaban, y tranquila, serena, se pasaba la vida en los rincones. Luego se la sacrificó constantemente. Joven ya, nadie se ocupó en ella.

Era algo así como una sombra ó un objeto de familia, un mueble vivo que la gente se habitúa á ver todos los días, pero en el cual no piensa nunca.

Por costumbre adquirida en la familia, su hermana la consideraba como un ser incompleto, totalmente insignificante. La trataban con una familiaridad y confianza que ocultaba una especie de bondad despreciativa. Llamábanla Lisa, y este nombre, jóven y travieso, la molestaba, al parecer. Viendo que no se casaba, que no se casaría ya, sin duda, transformaron Lisa en Lison. Desde que nació Juana se convirtió en «tía Lison,» una parienta humilde, pulcra, excesivamente tímida, hasta con su hermana y su cuñado, que sin embargo la querían; pero con un afecto vago que era á la vez un compuesto de ternura indiferente, de inconsciente compasión y de benevolencia natural.

A veces, cuando la baronesa hablaba de las cosas lejanas de su juventud, decía, para fijar una fecha: «Fué cuando Lison se dió aquel golpe en la cabeza.»

Y como nunca se decía más, este «golpe en

la cabeza» permanecía como envuelto entre la bruma.

Una tarde Lisa, que entonces contaba veinte años, habíase arrojado al agua sin saber por qué. Nada en su vida, en sus maneras, hacía presentir una locura semejante. La sacaron medio muerta, y los padres, indignados, levantando los brazos al cielo, en vez de buscar la causa misteriosa de aquel hecho, se habían contentado con hablar del golpe en la cabeza de Lisa como hablaban del accidente del caballo *Coco*, que poco antes se había roto una pata en una cuneta, y á quien hubo que matar por esta circunstancia.

Desde aquel día Lisa, y muy pronto Lison, fué mirada como una pobre de espíritu. El dulce desprecio que inspiraba á sus parientes se filtró lentamente en el corazón de todas las personas que la rodeaban. La misma Juanita, con esa adivinación propia de los niños, no se ocupaba en ella; no subía nunca á besarla en su cama, no entraba nunca en su cuarto. Sólo Rosalía, la doncella que arreglaba este cuarto, sabía, al parecer, dónde estaba situado.

Cuando tía Lison entraba en el comedor para

sentarse á la mesa, la «niña» iba por costumbre á presentarla su frente: nada más.

Si alguien quería hablarla, enviaban un criado á que la buscara; y cuando no estaba allí, no pensaban nunca en ella, sin que jamás se les ocurriera preocuparse y preguntar:

—¡Calle! no hemos visto á Lison esta mañana.

No había sitio para ella. Era una de esas criaturas que permanecen desconocidas, aun para sus parientes más próximos, como inexploradas, y cuya muerte no hace agujero ni deja vacío en una casa; una de esas criaturas que no saben entrar ni en la vida, ni en las costumbres, ni en el amor de los que viven junto á ellos.

Cuando se decía «tía Lison,» estas dos palabras no despertaban, digámoslo así, ningún afecto en el ánimo de nadie. Era como si se hubiese dicho: «la cafetera ó el azucarero.»

Andaba siempre á pasitos precipitados y silenciosos; no hacía nunca ruido, no tropezaba con nada, como si comunicase á los objetos la propiedad de no producir sonido alguno. Sus manos parecían hechas de una especie de mate,

según manejaban ligera y delicadamente cuanto tocaban.

A mediados de Julio llegó toda trastornada por la idea del matrimonio. Traía una porción de regalos, que, por ser de ella, pasaron casi inadvertidos.

Desde el día siguiente de su llegada dejó ya de notarse que estaba allí.

Pero fermentaba en ella una emoción extraordinaria, y sus ojos no se apartaban de los novios. Ocupóse en el equipo con energía singular, con actividad febril, trabajando como una simple costurera en su cuarto, al que nadie veía á verla.

A cada momento presentaba á la baronesa pañuelos que había dobladillado por sí misma, servilletas que había bordado, preguntando:

—¿Está así bien, Adelaida?

Y mamaíta, examinando sin interés el objeto que la presentaba, decía:

—No te canses tanto, mi pobre Lison.

Una noche, después de un día muy caluroso, alzóse la luna de una de esas noches claras y tibias que turban, enternecen, exaltan y parecen despertar todas las secretas poesías del

alma. Los suaves aires del campo entraron en el tranquilo salón. La baronesa y su marido jugaban apaciblemente á las cartas en la claridad redonda que la pantalla de la lámpara dibujaba sobre la mesa; «tía Lisón,» sentada entre ellos, cosía; y los jóvenes, apoyados de pechos en el marco de la ventana, miraban el jardín bañado en luz.

El tilo y el plátano proyectaban su sombra sobre el césped que bajo ellos se extendía, pálido y luciente, hasta el oscuro bosquecillo.

Atraída invenciblemente por el tierno encanto de aquella noche, por la vaporosa iluminación de los árboles y los arbustos, Juana se volvió hacia sus padres.

—Papaíto, vamos á dar una vueltecita allí, por la hierba, delante del castillo.

Sin dejar su juego, le contestó el barón:

—Id, hijos míos.

Y siguió jugando.

Salieron, y empezaron á andar lentamente por el musgo blancuzco hasta el bosquecillo del fondo.

Pasaban las horas sin que pensasen en volver. La baronesa, cansada, quiso retirarse á su cuarto.

—Hay que llamar á esos dos tórtolos,—dijo. De una ojeada recorrió el barón el vasto jardín luminoso, por el cual vagaban dulcemente las dos sombras.

—¡Déjalos!—dijo;—¡se está tan bién ahí fuera! Lisón les esperará. ¿Quieres, Lisón?

La solterona abrió los ojos inquietos, y respondió con su tímida voz:

—Bueno, les esperaré.

Papaíto ayudó á la baronesa á levantarse, y cansado también por el calor del día:

—Yo también voy á acostarme, dijo.

Y salió con su mujer.

Entonces tía Lisón se levantó á su vez, y dejando sobre el brazo del sillón la obra empuñada, la lana y la aguja grande, vino á ponerse de codos á la ventana, y contempló la noche encantadora.

Los dos novios andaban sin cesar, á través del césped, del bosque á la escalinata, de la escalinata al bosque. Se estrechaban los dedos, y no hablaban, extraños á sí mismos, absortos completamente en la poesía visible que se exhalaba de la tierra.

Juana vió de pronto en el marco de la ventá-

na la silueta de la solterona, dibujada por la claridad de la lámpara.

—¡Calle!—dijo.—Es tía Lisón que nos está mirando.

El vizconde alzó la cabeza, y con esa voz indiferente del que habla sin pensar:

—Sí, es tía Lisón.

Y siguieron soñando, andando á pasos cortos, amándose.

Pero el rocío cubría la hierba; sintieron fresco.

—Volvamos ya,—dijo la joven.

Y volvieron.

Cuando entraron en el salón, tía Lisón se había puesto á bordar otra vez; tenía la frente inclinada sobre su trabajo, y sus delgados dedos temblaban un poco, como si estuvieran muy cansados.

Juana se la acercó:

—Tía, vámonos ya á dormir.

La solterona volvió los ojos, los tenía encendidos, como de haber llorado. Los novios no hicieron alto en ello; pero el vizconde vió de pronto los finos zapatos de la joven empapados en agua, y presa de inquietud la preguntó con ternura:

—¿No tenéis frío en esos lindos piecitos?

Y al oírle, los dedos de la tía se sintieron sacudidos por un temblor tan fuerte, que la costura se les escapó; el ovillo de lana rodó á lo lejos; y la pobre mujer, ocultando el rostro entre sus manos, empezó á llorar con fuertes sollozos convulsivos.

Los dos enamorados la miraban con asombro, inmóviles. Juana, rápidamente, se arrodilló delante de ella, le abrió los brazos, trastornada, repitiendo:

—¿Pero qué tienes, pobre Lisón?

Entonces la desdichada, balbuceando, con la voz empapada en lágrimas y el cuerpo crispado de dolor, contestó:

—Es que te ha preguntado... ¿no tenéis frío en esos... lindos piecitos?... A mí no me han dicho nunca esas cosas... á mí... nunca... jamás...

Juana, sorprendida, apiadada, sintió, sin embargo, deseos de reírse por la idea de un galán diciendo ternezas á Lisón: y el vizconde se volvió para ocultar su hilaridad.

Pero la tía se levantó de pronto, dejó la lana

en tierra, el bordado sobre el sillón, y se fué sin luz por la sombría escalera, buscando á tientas su cuarto.

Una vez solos, los dos jóvenes se miraron absortos, enternecidos. Juana murmuró:

—¡Pobre tía!

Y Julián:

—Esta noche debe de estar algo loca.

Teníanse cogidas las manos sin decidirse á separarse, y dulcemente, muy dulcemente, cambiaron su primer beso ante el asiento vacío que acababa de dejar tía Lisón.

Al día siguiente ni pensaban siquiera en las ágrimas de la solterona.

Las dos semanas que precedieron al matrimonio dejaron á Juana bastante tranquila, como si ya estuviera cansada de dulces emociones.

En la mañana del día decisivo no tuvo tiempo de reflexionar. Experimentaba sólo una gran sensación de vacío dentro de su cuerpo, como si los huesos, la carne, la sangre, todo se hubiera fundido bajo la piel; y al tocar los objetos notaba que los dedos le temblaban mucho. No se tranquilizó hasta hallarse en el coro, durante la misa.

¡Casada! ¡Estaba casada! La sucesión de cosas, de movimientos, de sucesos realizados desde el alba, la parecía un sueño, un verdadero sueño. Hay momentos en que diríase que todo cambia á nuestro alrededor; hasta los gestos tienen una nueva significación; hasta las horas, que al parecer, no ocupan su sitio acostumbrado.

Juana se sentía aturdida; sobre todo, asombrada. La víspera aún no se había modificado nada en su existencia; la esperanza constante de su vida se aproximaba más, hacía-se más palpable. Se había dormido niña, se despertaba mujer.

Es decir, que había franqueado esa barrera que parece ocultar el porvenir con todas sus alegrías, con sus felicidades soñadas. Parecíale que delante de ella se había abierto una gran puerta: iba á entrar en *lo esperado*.

Concluída la ceremonia, pasaron á la sacristía, que estaba casi desierta, porque no habían invitado á nadie. Luego salieron de ella.

Cuando se presentaron en la puerta de la iglesia, un estrépito formidable hizo dar un salto á la recién casada, y exhalar un grito á la baronesa: era una salva de fusilería disparada

por los aldeanos; y las detonaciones no cesaron hasta que llegaron á los *Pueblos*, donde les esperaba una colación preparada para la familia, el cura de los señores y el de Iport, el alcalde y los testigos, escogidos entre los grandes colonos de las cercanías.

Luego dieron un paseo por el jardín, hasta la hora de comer. El barón, la baronesa, tía Lisón, el alcalde y el padre Picot echaron á andar por la avenida de la mamaíta, mientras que en la otra, el cura leía su breviario, recorriéndola á grandes pasos.

Oíase, del otro lado del castillo, el ruido en que se desbordaba la alegría de los campesinos que bebían sidra al pie de los manzanos. Todo el pueblo, vestido con traje de los días de fiesta, llenaba el patio. Los mozos y las mozas corrían unos tras otros.

Juana y Julián atravesaron el bosquecillo, luego subieron al talud, y silenciosos los dos, se pusieron á mirar al mar. Aunque estaban en Agosto hacía bastante fresco; el viento Norte soplabá, y el sol lucía resplandeciente en un cielo completamente azul.

Buscando un abrigo, los jóvenes atravesaron